En el río Grumeti

1.

Con sus diecinueve años cumplidos, mi hijo Sam, siempre ejemplar en su conducta doméstica, se había suscrito a media docena de revistas. No le interesaban las publicaciones deportivas, ni las de mecánica, ni las de fotografías de mujeres desnudas. De estas últimas le abastecía de cuando en cuando su amigo Ralph, que tenía en su casa un arsenal de pornografía con todo lo necesario para casos de urgencia.

Vivíamos en California.

Las revistas a las que mi hijo se había ido suscribiendo poco a poco eran de animales; de caza y pesca; de tribus salvajes; de naturalezas vírgenes. Todo lo que fuesen formaciones geológicas raras, plantas exóticas, pájaros, volcanes, grupos étnicos en vías de extinción, felinos de gran tamaño, ofidios, altas cataratas, monjes tibetanos, etcétera, lo asimilaba Sam con facilidad y provecho extraordinarios. Tenia para este tipo de información una retentiva casi milagrosa, y solo le bastaba leer por encima el nombre de una flor del Amazonas, o el de un bicho del Caribe, o el de una comunidad perdida en el corazón de Africa, para que se le quedase grabado en la cabeza. Sí; recordaba los nombres, y recordaba también otros datos, por difíciles y recónditos que fuesen. Podía, por ejemplo, repetir de memoria como ciertos aborígenes de Australia cocinaban el *goanna* o lagarto gigante; o el significado preciso de los signos que pintaban sobre peñas y rocas en las proximidades de algún manantial del desierto. Si se le preguntaba cuales eran las características especiales de tal medusa o tal gusano, las recitaba de un tirón, sin apenas darle importancia a la cosa, como si conocerse al dedillo las dimensiones, los hábitos reproductivos, la expectación de vida y la dieta alimentaria de la *Marplysa*

Sanguínea o del *Callipallene Brevirostis* fuese lo mas natural del mundo. Si salía la conversación del Pacífico Sur (lo cual podía muy bien suceder una vez al mes), Sam hacía gala de poseer conocimientos aún mayores que los de un Humboldt o un Malinowsky. De la vida sexual de los salvajes de la Melanesia, de como y cuanto follaban, no había persona que supiese mas. Era una fascinación escucharle a Sam, en presencia de toda la familia, describir con pelos y señales los diversos tipos de copulación que se estilaban entre los nativos de las islas de Nueva Guinea. Según los datos que mi hijo manejaba con tanta soltura, aquello debía de ser la caraba: muchachos de diez o doce años que vivían juntos en una *bukumatula* o residencia de solteros, y cuya ocupación casi única era adornarse el cuerpo con flores, collares y pinturas, para así atraer a las chicas del vecindario y joder con ellas a todo trapo cuantas veces les diese la gana. Y otras cosas.

Huérfano de madre, Sam se había criado conmigo y con sus dos hermanas mayores, Lisa y Clara. Con la pérdida de Sandy —mi mujer de tantos años—, sufrí lo indecible. Y de no haber sido por aquellos tres hijos, lo mas probable es que mi vida hubiese concluido a poco de terminar la de ella: desesperado y solo, tal vez bajo las ruedas de un tren, o envenenado por voluntad propia con alguna sobredosis de las múltiples píldoras que había en el botiquín de nuestra casa.

Sam no tenía un futuro claro. Había ingresado en la Universidad y no era mal estudiante. Pero elegía asignaturas muy dispares, lo cual era indicación de su falta de norte. No acababa de decidirse por una carrera concreta. Mi profesión —la urología— no le interesaba lo más mínimo. El pensamiento de tener que andar todos los días examinando próstatas, uretras, vaginas, vejigas y riñones le sacaba de quicio. Y con razón. A mí me disgustaba igualmente aquella sordidez médica. Pero de alguna forma tiene uno que ganarse la vida, y a mí me había tocado ésa.

En cuanto a Lisa y Clara, aunque vivían aún bajo el techo familiar, se habían independizado económica y emocionalmente nada mas cumplir la mayoría de edad. Trabajaban de ocho a cinco fichando libros en la Biblioteca Municipal. Su sueldo era modesto, pero las permitía pagarse los gastos personales y hasta algún viajecillo de recreo con sus novios. En estas excursiones, las dos parejas hacían vida marital por unos días. Cuando regresaban, su régimen volvía a la normalidad y se convertía en relación mas distante y serena.

Así las cosas, Sam me vino una tarde con una colección de fotografías que le había enviado desde Tanzania un conocido suyo.

— Mira, papa —me dijo—. Quiero que veas estas fotos del río Grumeti. Me las manda Kisumu Gnundi. Son de cocodrilos.

Y me dejo sobre la mesa del despacho un sobre grande de color manila con remite africano.

Había olvidado decir que Sam tenía bastantes amigos afroamericanos con los que se comunicaba muy bien. De cuando en cuando venían a nuestra casa y charlaban con nosotros. El amigo que le enviaba desde Tanzania las fotografías de los cocodrilos era uno de ellos, un muchacho con aficiones periodísticas. Estas lo habían llevado al Parque Nacional de Serengeti con una beca de estudios, suficiente para pagarle los gastos durante los tres meses que iba a durar la aventura.

Poco antes de que Sam me dejara sobre la mesa del despacho el paquete de fotografías, Clara y Lisa me habían recordado que aquella noche íbamos a ir al auditorio de la Biblioteca para asistir a la Fiesta Anual de Lectores Extranjeros. Era aquélla una fiesta bastante rara, pero de intención desinteresada y noble. Una vez al año, los directivos de la Biblioteca, para probar que debía fomentarse el trato con los diversos grupos de inmigrantes que poblaban la villa, organizaban un espectáculo musical en el que participaba una gran cantidad de personas.

Familias enteras de filipinos, chinos, coreanos, senegaleses, indios, malayos y demás acudían anualmente a este espectáculo de variedades que se celebraba en su honor. Cantantes, instrumentalistas y bailarines salían de entre sus filas e interpretaban piezas folklóricas de sus respectivos paises. Se cocinaban platos típicos. Se hablaban los idiomas propios.

Total, que tuve que aplazar la cita con las fotos hasta que volviéramos del festival en cuyos preparativos Lisa y Clara habían gastado tanta energía.

Cuando llegamos los tres al salón de actos, una mujer de pelo negro y mecha rubia repartía los programas. Lo hacía con la sonrisa en los labios. La gente llegaba, recogía el programa de sus blancas y nerviosas manos y buscaba sitio donde sentarse. Como la función iba a ser gratis, el local se llenó enseguida. Daban, encima, café. Sobre una larga mesa había varios paquetes de vasos de espuma, dos cafeteras eléctricas, tacos de servilletas de papel y media docena de tarros de azúcar.

La de la mecha rubia era mujer de unos treinta años, de estatura mediana, de buena figura, de rostro ojeroso, de dientes largos. Cuando se dirigió a nosotros, notamos inmediatamente que tenía acento bostoniano. No podía ser de otra manera. En Boston hay infinidad de mujeres así. Como, ademas, la población femenina de allí tiende al granate como tono dominante en el capítulo de polvoretes y carmines, el contraste de colores puede llegar a ser brutal.

La mecha rubia ponía en la cabeza de la repartidora de programas una banda de alegría. Pero todo lo demás era en ella de una tristeza de guiñol. Y hasta sus manos, tan hermosas, lucían en las uñas un esmalte de sangre coagulada que inspiraba toda clase de pensamientos. Aquellas manos habían sido hechas para empuñar cualquier otra cosa que no fuera un mazo de programas musicales.

Les pregunté a Lisa y Clara si la conocían, y me dijeron que no.

2.

Apenas si presté atención a las diferentes actuaciones. Chicos y chicas fueron soltando sus números en medio de abundantes aplausos y bravos. Yo estuve todo el rato fijandome a partes iguales en la mujer de la mecha rubia (se había colocado a mi derecha y la sorprendí varias veces mirandome con el rabillo del ojo), y en el niño de cara asimétrica sentado con su madre en primerísima fila. Si el mundo fuese mas justo, a él debían haberle sido dedicadas las piezas de amor que allí se estaban cantando. Los niveles de sofisticación que habían alcanzado las facciones de aquel crío tenían por fuerza que ser obra de algún dios. Ni las mas altas cimas del surrealismo podrían haber concebido aquella faz de oliva, con ojos y pómulos independientes, con orejas dispares, con sinuoso lóbulo frontal, con parpados de cera negra.

— Son egipcios —me susurro Clara al oído señalando a la joven madre y al niño—. Vienen mucho a la Biblioteca a escuchar libros infantiles que tenemos grabados en árabe. El peque es medio ciego.

Suspiré en silencio. Y cuando quise darme cuenta, habíamos llegado al plato fuerte de la velada. Tony y Martha Fontana, invitados de honor, iban a cerrar la sesión cantando a dúo. Jamas había oído hablar de ellos.

— ¿Quiénes son? —les pregunté en voz baja a mis hijas.

— Pero, ¿no lo sabes?

Negué lentamente con la cabeza.

— Son muy conocidos aquí —me explico Lisa—. Cuando eran mas jóvenes trabajaron en películas de Hollywood. Ya veras.

El piano estaba esperándolos en el centro de la tarima que ahora empezaba a iluminarse un poco mas, al tiempo que un señor casi anciano, calvo, con aspecto de oficinista, irrumpía por una de las puertas del fondo arrastrando de la mano a una vieja dama pelirroja, baja, gruesa, con amarillo vestido de seda y zapatos blancos. Eran los Fontana.

— Sam debería haber venido con nosotros -musito Clara-. ¿Por qué no lo hace nunca?

— Si no ha querido venir, peor para él -decía Lisa en voz baja.

No quise intervenir. Pero, ¿como imaginar que Sam pudiese nunca descender tan bajo? ¿Meterse en aquel hoyo? Pensaría, y con razón, que todos los hombres y mujeres que cantan son tipos de cuidado; que quienes viven de su voz tienen una manera de ser que los aparta de lo normal, pero no para alzarlos a las alturas de la genialidad, sino para precipitarlos en los barrancos del desvarío. Sam estaría a aquellas horas matando la tarde en el Museo de Ciencias Naturales, como era costumbre suya, extasiado en la

contemplación de alguna *Ilyanassa Obsoleta* o de una *Chrysaora Ouinquecirrha*, por mencionar solo dos posibilidades.

Comparada con la de escuchar a Martha y Tony Montana en el abarrotado salón de actos de la Biblioteca Municipal, la ocupación de mi hijo era incuestionablemente mas aristocrática y sublime.

Los cantores no habían abierto aún la boca, cuando el niño egipcio de cara asimétrica se deslizo hasta el suelo de moqueta verde, mordió a su madre en los cañones del pantalón y se subió otra vez al asiento como si no hubiera pasado nada.

Vi con claridad que habla llegado el momento de salir de allí. De pronto me entraba la prisa de irme paseando a casa y abrir el sobre de fotografías que Sam me había dejado en el escritorio.

— ¿Te vas ahora, antes de que empiecen?

— Sí —les dije a las niñas—. Pero no os preocupéis de mí. Necesito despejarme un poco y voy a volver andando.

Clara y Lisa se encogieron de hombros y fabricaron en la semioscuridad de la sala un gesto de resignación.

— Ya me contaréis luego —añadí mientras me levantaba.

A gachas, procurando no hacer ruido, fui deslizandome por entre la fila de butacas rumbo al pasillo lateral. A la mujer de la mecha rubia la rocé intencionadamente las rodillas con mis piernas.

Ella no se movió. Pensé que a lo mejor aquella inmovilidad suya podía ser el principio de algo. Quizá le interesara el espectáculo todavía menos que a mí, y estuviese esperando que alguien la invitara a dar un paseo y se la llevase después a la cama. Pero ¿como saberlo? No era cuestión de que yo se lo preguntara. No había tiempo para eso. Si de verdad ella quería salir de aquella gruta y venirse conmigo, que lo hiciera por sí misma sin esperar a que de mi saliese una invitación en regla. Lo único que yo podía hacer era apretar fugazmente con mis piernas, de camino hacia el pasillo, sus blancas rodillas. Y así lo hice.

La mujer de la mecha rubia no se unió a mí hasta que me hube alejado dos manzanas de la Biblioteca. Llevaba el bolso colgado al hombro, y sus tacones golpeaban ruidosamente las losetas de la acera.

— Al niño de piel de aceituna y facciones deformes —me dijo a poco de alcanzarme, cuando ya caminábamos juntos— lo he visto muchas veces en la playa con su madre. Somos medio amigas. Ella me cuenta de los calvarios que tiene que pasar con la criatura.

— Pero ¿qué hace?

— Cosas muy raras.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo, pescar almejas. Con un palo y un cubo, baja a la playa y cava pozos en la arena para sacer de allí almejones del tamaño de un

huevo, de pulpa marrón, incomestibles y fétidos, que luego se lleva a su casa y alimenta con restos de merluza frita y tripas de sardina.

— ¿Como?

— Pues, muy fácil. Las almejas abren de cuando en cuando sus valvas de concha, emiten una suerte de trompa viscosa y gorda, y chupan lo que el niño les pone delante.

— ¿Y aguantan así mucho tiempo?

— Tres o cuatro días. Cuando los almejones se mueren, el chico dice que hay que ir a por mas. La madre piensa, y con razón, que eso no es plan. Y por eso aprovecha cualquier coyuntura para intentar que su hijo desarrolle hábitos nuevos. Aun contando con su oligofrenia, ella espera que se aficione algún día a otra cosa. A la música, por ejemplo. De ahí, que se lo lleve a festivales y conciertos siempre que puede.

La mujer de la mecha rubia dijo llamarse Amelia.

Primero anduvimos un rato codo con codo, y luego se ofreció a llevarme a mi casa en coche.

— De acuerdo —dije—. Déjame que recoja allí unas fotografías, y después nos vamos a un bar a tomar algo y las vemos juntos, ¿te parece?

— Fotos, ¿de qué?

— De cocodrilos.

Asintió con la cabeza. Por lo visto, estaba dispuesta a todo. Pero antes tenía que contarme su historia. Lo hacía en el coche, con la vista fija en la calzada, aferradas las manos al volante.

Amelia tenía un problema personal. A pesar de haber cumplido los treinta años, su padre y su madre seguían tratándola como si fuese una niña de diecisiete. No querían que fuese a ninguna parte. Le decían que todos los hombres eran unos guarros y que solo les interesaba abusar de las mujeres. Era extraño que en los años 90 continuaran pensando así. Pero los padres de Amelia hablan cogido esa costumbre y era imposible sacarlos de sus trece.

Durante una temporada, y a pesar de que su hija no había dado nunca muestras de entusiasmarse con asuntos de iglesia, pensaron en internarla en un convento de teresianas. Hasta llegaron a hablar seriamente con la Madre Superiora de una comunidad vecina. Pero cuando, hechos los necesarios preparativos, vino el momento de la verdad, Amelia se encerró en el cuarto de baño y se abrió las venas de los brazos con una cuchilla de afeitar. El padre forzó la puerta y logro cortar la hemorragia con esparadrapos y toallas, llamo a la casa de socorro, y entre unos y otros lograron impedir lo peor.

Ahora bien: a raíz de este episodio, las relaciones en el seno de la familia habían empeorado todavía mas. Primero, se mudaron todos a California; en segundo lugar, y a fin de evitar futuros intentos de suicidio, los

padres de Amelia quitaron todos los pestillos y cerraduras de la casa y le compraron a su hija un perro pastor que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Era un perro especialmente adiestrado para impedir suicidios. En cuanto el animal detectaba en su *prótegée* algún movimiento sospechoso, se echaba encima de ella, la inmovilizaba en el suelo y la lamía la cara. En varias ocasiones Amelia había intentado envenenar a su guardián con croquetas de cemento sin fraguar, con lejía diluida en leche condensada, y con otros procedimientos. Pero el perro aquél tenía un olfato de jabalí, y no había modo de engañarlo. Enseñado, como estaba, a estropear los suicidios de los demás, sabía defenderse bien cuando alguien atentaba contra su propia vida.

Lo único que a los padres de Amelia les parecía bien que ella hiciese sola, era lo de repartir programas en funciones gratuitas. Y esta ocupación, en sí aburrida y poco estimulante, se había convertido en un acto liberador que la prisionera estaba dispuesta a conservar a toda costa. En días de reparto, se le permitía salir de casa y no volver hasta las once de la noche. Era en esas jornadas cuando Amelia podía vivir un poco. Robándole tiempo al tiempo, iba a la playa, intentaba conocer a algunos hombres, paseaba por barrios desconocidos. Como la tasaban el dinero y la gasolina del coche, aquellas escapadas tenían que ser por fuerza muy breves.

La vida de Amelia era, pues, un infierno, pero ella no tenía nervio suficiente para rebelarse.

— ¿Y lo del suicidio? —le pregunté cuándo terminó de hablar—. Se te habrán quitado, por lo menos, las ganas de matarte, ¿no?

— De momento, sí —me contesto—. Ya veremos lo que pasa de aquí a unos años.

Llegábamos a las inmediaciones de mi casa. Le dije que aparcase frente al garaje y que me esperara. Solo tardé unos minutos en subir al despacho, coger el sobre y regresar al coche.

— Vámonos a Freddy's a tomar algo —dije—. Allí tienen buen escocés y hay poco ruido. Podremos ver las fotos tranquilos.

Antes de arrancar, Amelia volvió la cabeza hacia mí, hizo un guiño de conformidad y me miro con ojos de ternura y de alegría.

3.

El Grumeti, en la cuenca del Alto Nilo, solo lleva agua parte del año. Es uno de los ríos que van a parar al lago Victoria después de atravesar el parque Nacional de Serengeti, en Tanzania. A medida que avanza la estación seca, el Grumeti va fragmentándose en grandes pozas de agua estancada a

las que, mediado el mes de junio, numerosas manadas de ganado salvaje —ñús, antílopes, búfalos africanos, cebras— acuden a beber en su marcha migratoria hacia las tierras húmedas de Uganda.

Esas charcas están infestadas de cocodrilos gigantes que miden quince metros y pesan mas de una tonelada.

Los animales que van a abrevar al Grumeti llegan en masa hasta la orilla, empujandose unos a otros. La polvareda que forman con las pezuñas les impide ver los ojillos y los orificios nasales de los temibles anfibios que esperan pacientemente medio sumergidos en el agua. Al acecho, inmóviles como rocas, aguardan el momento oportuno para lanzarse contra las pobres bestias sedientas y arrastrar a la víctima de turno hasta el fondo, para allí ahogarla y devorarla.

Las fotos que desde Tanzania le había enviado a mi hijo su amigo Kisumu Gnundi recogían el instante en que un grupo de cocodrilos emergía de pronto del semiseco Grumeti y atacaba a una manada de ñús. En nutrido tropel, estos cuadrúpedos, muy parecidos a los toros y vacas comunes, se habían puesto a calmar la sed y eran sorprendidos por el asalto brutal de una familia de reptiles gigantes.

Sentados en la barra de *Freddy's,* Amelia y yo fuimos examinando cuidadosamente aquella colección de fotografías increíbles. En una de ellas, un cocodrilo había apresado con las fauces las patas traseras de un ternero y tironeaba furiosamente de él. Se veían los ojos redondos, aterrados de la víctima, al hacer ésta esfuerzos inútiles por liberarse de su verdugo. La foto siguiente mostraba como el ternero, aún vivo, desaparecía bajo el agua turbia dejando en la superficie una gran mancha de sangre negra.

En otra instantánea, un toro semitumbado en la arena de la orilla padecía en el morro la atroz dentellada de un enorme saurio surgido como por milagro del fondo del río. Sin soltar su presa, el cocodrilo iba reculando hacia el agua mientras el indefenso ñú pataleaba de dolor y desesperación ante la cercanía de su muerte segura.

Las demás fotos eran por el estilo. Una vaca ya muerta, era descuartizada y engullida entre un remolino de espuma ensangrentada. Otra res, mutilada hasta lo irreconocible, flotaba en medio de la charca; uno de sus cuartos delanteros acababa de serle arrancado del resto del cuerpo y era triturado por dos mandíbulas de hierro.

— ¿Y dices que estas fotografías son de tu hijo? —pregunto Amelia tratando de ocultar el miedo y la repugnancia que le habían producido aquellas imágenes.

— No las ha sacado él. Se las ha mandado un amigo suyo que está ahora en Tanzania.

— Cuánto horror, ¿verdad?

— A mí no me lo parece —mentía yo—. Esos bichos tienen que subsistir igual que los demás. Es la famosa lucha por la vida. Matar para vivir. Lo de siempre.

Amelia quería que hablásemos de otras cosas. Miraba el reloj contando los minutos que le faltaban para poner punto final a aquel rato de libertad.

— ¿Tienes que marcharte ya? —dije.

— Solo me queda un cuarto de hora. Pero quizá podríamos vernos alguna otra vez. Para charlar un poco.

Abrigaba con sus manos blancas el mediado vaso de whisky.

— Claro, mujer. Dime donde puedo encontrarte.

— Lo mejor —razonaba Amelia con vacilación—, lo mejor sería aprovechar un rato de playa. creo que el martes próximo estaré allí por la tarde.

— ¿Te toca repartir programas ese día?

Triunfalmente, Amelia decía que sí y esbozaba una sonrisa de complicidad a la que yo, contagiado por su júbilo, correspondí al punto.

La verdad es que todo aquello estaba resultando bastante absurdo. Lo único aprovechable del día había sido el regalo fotográfico de Kisumu Gnundi. ¿Como se las habría arreglado para captar aquellos instantes? ¿Habría tenido que poner en peligro su propia vida?

Amelia me decía adiós con la mano tratando de sacarme de mi repentino aislamiento.

— ¿El martes? —me recordaba con prisa, como quien manda un urgente mensaje de socorro.

— El martes —confirmaba yo, distraído.

— Puedo dejarte ahora en tu casa.

— No —respondí—. Volveré mas tarde en taxi. Quiero quedarme unos minutos mas viendo las fotos éstas.

Amelia se daba la vuelta y yo la veía por detrás, contoneando ligeramente su cuerpo de mujer que espera. Llevaba un ancho cinturón de cuero que descansaba sobre la curva de sus caderas. Me quedé prendido en el pensamiento de estar en la cama con ella, con una loca. Ya habría tiempo para hablar de eso cuando volviéramos a vernos. Para entonces, los cocodrilos del río Grumeti se habrían esfumado de mi memoria.

4.

Luego los acontecimientos se sucedieron con rapidez vertiginosa. Aquella noche, mi hijo Sam llamo desde el aeropuerto minutos antes de que Clara y Lisa regresaran del festival. Sonó el teléfono cuando yo acababa de entrar en el vestíbulo.

Sam hablaba con calma. Me decía que había sacado del Banco todos sus ahorros; que había tomado un billete de avión para Nairobi (con sustancioso descuento estudiantil), y que allí iba a reunirse con Kisumu para sacar algunas fotos juntos; que volverían muy pronto; que todo estaba en orden. Colgó sin darme apenas tiempo de abrir la boca.

Casi inmediatamente después llegaron Clara y Lisa. Nada mas verlas me dí cuenta de que las dos habían estado llorando.

— ¿Qué ha pasado?

Lisa fue la primera en hablar:

— Una tragedia —dijo entre contenidos sollozos.

— ¡El niño egipcio, el niño deforme! —tercio Clara con voz histérica.

— Calma, calma —aconsejé a mis hijas cogiendo a ambas por el brazo y andando con ellas hasta el tresillo del salón de estar.

Allí, sorbiendo de las tazas de tila que yo les había preparado, me contaron con pelos y señales el episodio: Tony y Martha Montana, cuando mas embebidos estaban en la interpretación a dúo de una romanza, habían sido atacados por el chico de la cara asimétrica. Como si fuera una alimaña, el de Egipto había saltado repentinamente al escenario y se había abalanzado sobre los dos vejestorios logrando morderles en la garganta. Ambos cantantes habían tratado de liberarse de su inesperado enemigo, pero sus esfuerzos habían resultado vanos. Clara y Lisa me aseguraban que aquel pequeño monstruo de agudos colmillos, cara olivácea y parpados semicerrados, tenía la fuerza de una bestia selvática. Malherido el pobre Tony, el subnormal la había emprendido entonces con Martha, pulverizando de un mordisco su collar de perlas falsas.

— ¿Habláis en serio? —exclamé alarmado, viendo crecer en mi fantasía un turbión de imágenes confusas.

— ¡Y tan en serio! —corroboraron ellas—. Como que es probable que la pareja no salga de ésta con vida. Menos mal que la que tocaba el piano asusto al agresor aporreando unos acordes y dando voces.

— ¿Y el chico?

— En el manicomio, que es donde debería haber estado siempre. Se lo llevaron unos loqueros después de ponerle una camisa de fuerza y de calmar a su madre con unas pastillas. A Tony y a Martha vino una ambulancia a recogerlos...

Sin saber por qué, esperé impaciente la llegada del martes. Amelia me había indicado cual era su favorito rincón de playa, y hacia allí me dirigí poco después del mediodía, decidido a buscar en aquella mujer lo que no había podido encontrar en otras. ¿Sería ella la encargada de llenar el vacío que la muerte de mi adorada Sandy me había dejado en el alma?

Cuando logré distinguir su silueta entre el gentío, Amelia estaba haciéndome señas. Se había puesto un rojo bikini y corría hacia el mar hollando con sus pies la arena de la playa. Quería, sin duda, que yo la viese darse un chapuzón.

— ;Amelia! —grité agitando también los brazos para que ella se supiese reconocida y observada.

Se hundió en la espuma, solo para emerger tras unos segundos y volver la cara hacia mí, radiante de alegría. Con el agua hasta la cintura, inicio el vadeo de regreso, escurriéndose el pelo con las manos. Diez metros la separaban de la orilla, cuando aprecié la expresión de dolor que de pronto desfiguraba su rostro. Ni siquiera le dio tiempo a pedir auxilio. Fue como si algo la hubiese atenazado por las piernas y tirase de ella con violencia.

Por unos instantes chapoteo con las manos sobre la superficie, tratando de mantener el equilibrio. Todo inútil. Arrastrada mar adentro, Amelia quiso hacerme un gesto de último adiós que quedo interrumpido por la brusca sacudida que definitivamente sepulto su cuerpo bajo las olas.

Corrí hasta el lugar desde donde el salvavidas de turno, sentado en alto mirador, vigilaba medio dormido los movimientos de los bañistas. Le expliqué a trompicones lo que pasaba y señalé nervioso el punto preciso en el que Amelia había desaparecido.

El hombre se echo los prismáticos a la cara y observo cuidadosamente, al tiempo que negaba lentamente con la cabeza. Luego me los entrego a mí para que yo echase también un vistazo al mar azul, inmenso, sin rastro sospechoso alguno.

Me marché de allí desolado, musitanto una disculpa por mi posible error.

El resto del día lo consumí andando por el muelle, por el paseo marítimo, por otros lugares que no había visitado desde hacía años. Cuando por fin llegué a casa, un movimiento reflejo me llevo hasta la mesa del despacho. Cogí el sobre de las fotografías, encendí un pequeño fuego en un rincón del jardín, y allí fuí quemándolas una por una. Bajo las llamas, los cocodrilos se retorcían como si estuviesen dando coletazos.

La jubilación forzosa de Tony y Martha Montana, hecha pública dos semanas después del incidente con el chico egipcio, sumió a Lisa y Clara en un estado de depresión incurable. Se lamentaban de que aquella pareja de cantantes hubiese muerto definitivamente para el mundo de la música. Se preguntaban qué sería de ellos. Ambos sexagenarios y sin voz, ¿cómo podrían justificar por mucho más tiempo su ya achacosa existencia?

En cuanto a Sam, va ya para dos años que nada sé de él. Recibí una postal en la que me comunicaba su llegada a Nairobi, la feliz reunión con su amigo Kisumu, y sus planes conjuntos de emprender una excursión

fotográfica por el río Athi. Iba a ser, me contaba Sam, un descenso en canoa, que terminaría en Malindi, ya en las costas del Océano Indico. Desde allí regresarían los dos a la capital en una avioneta del Gobierno kenyata.

Aunque sin más noticias suyas desde entonces, sigo negándome a aceptar la verdad.

Carlos Mellizo